

cial que manda la flota francesa, es el almirante de Latouche-Tréville.

—¿Quién es ese almirante de Latouche-Tréville?—preguntó Fernando.

—Uno de los mejores marinos de Francia, señor. Es el que, en 1781, sostuvo con el capitán La Pérouse—La Pérouse mandaba la *Astrea*, y él la *Hermione*—un combate de cinco horas contra cuatro fragatas y dos corbetas inglesas, y, no obstante la superioridad numérica, obtuvo los honores de la jornada.

—¿Y a qué viene aquí?

—Se ha negado a revelarme sus intenciones; pero ha dicho que dentro de una hora enviará a un mensajero encargado de dar toda suerte de explicaciones sobre el particular.

—Pues bien, señores—dijo el Rey,—esperemos las explicaciones del señor... digo mal, del ciudadano Latouche-Tréville.

—Mucho temo que no estemos amenazados de una escena semejante a la que, en el puerto de Nápoles, en los comienzos del reinado del augusto padre de Vuestra Majestad, provocó el almirante Martinn cuando vino en representación de Inglaterra y de Austria a manifestar al gobierno italiano la necesidad de mantenerse neutral en la guerra de Italia.

—Sí, sí—dijo Fernando;—el oficial comisionado por el comodoro fué muy insolente; sacó un reloj de su bolsillo y fijó el plazo de dos horas para firmar un tratado de neutralidad y enviar a Montemar la orden de volver a entrar en el reino con sus tropas.

—¿Y qué hizo el Rey vuestro padre?—preguntó la Reina.

—¡Cáspita!—respondió el Rey;—hizo lo que Inglaterra exigía.

—Porque en aquella época—exclamó Caracciolo olvidando que nadie le interrogaba,—porque en aquella época, señor, la ciudad estaba indefensa, sin trincheras, sin guarnición, sin abastecer; porque la Corte no era militar, porque los ministros eran hombres timoratos, al paso que hoy día...

—¡Calla!—dijo el Rey;—no te pedimos tu opinión.

—Al contrario, hable usted!—repli-

có la Reina.—Queremos tener antecedentes.

Y volviéndose hacia el Rey:

—Vuestra Majestad lo permite, ¿no es verdad?

—¡Oh! bien sabéis que yo lo permito todo—respondió Fernando;—lo cual no impide que obre según mi gusto.

Y se levantó y salió.

—Decía usted, señor—añadió la Reina dirigiéndose a Caracciolo:—«Al paso que hoy día...»

—En tanto que ahora—continuó diciendo el capitán,—la ciudad posee numerosa artillería y tiene en abundancia hombres, armas y municiones. Con un fuego bien dirigido del castillo del Huevo o del castillo Nuevo, se mantendrá a raya a la flota francesa.

—El Rey asegura que la pólvora es de pésima calidad—dijo la Reina.

—Pues bien, señora—repuso Caracciolo,—se intentará el abordaje. Déjeme organizar trescientos botes en el puerto, y a la cabeza de ellos iré yo personalmente a atacar al buque almirante.

El Rey entró de nuevo, y, al oír las últimas palabras de Caracciolo, se encogió de hombros.

—Pido a Vuestra Majestad que me perdone—dijo Caracciolo,—pero los corsarios berberiscos y malayos no proceden de otra suerte.

—Señor—dijo la Reina,—en nombre del Cielo escuchad lo que le dice el capitán. Se trata del honor de vuestra corona.

—Hay más, señora—añadió Caracciolo, dirigiéndose a la Reina,—estamos en una estación nada favorable al puerto de Nápoles para su defensa. Según el conocimiento que tengo formado de nuestro clima—continuó interrogando al cielo con la mirada,—me atrevería a asegurar que antes de veinticuatro horas el viento obligará a la escuadra francesa a levar anclas. El señor ministro de la Guerra, que es marino, podrá dar fe de mis palabras.

—¡Hable usted, general!—dijo Caracciolo.

—En efecto—repuso el ministro,—en lo que dice el señor Caracciolo hay

mucho de verdad; pero se nos apremia.

—No, general—replicó el capitán,—porque a la vista de la primera vela, he tomado todas las disposiciones a bordo de mi corbeta, considerando que se trataba de un enemigo; y creo que todos mis compañeros de estación en el puerto habrán hecho otro tanto.

—Y a todo esto, ¿qué dice Vuestra Majestad, señor?—preguntó la Reina a su marido.

—Ya lo veis, señora—respondió éste;—me callo.

—¿Y qué hará?

—Esperar.

Al pronunciar el Rey esta palabra, se oyó un cañonazo, seguido de dos más.

—¡Ah!—exclamó la Reina, levantándose y corriendo hacia la ventana,—me parece que el castillo del Huevo ha roto el fuego.

—Sí, señora—dijo Caracciolo,—pero sus disparos son con pólvora sola.

El fuerte saluda al comisionado de M. de Latouche-Tréville. Y oiga usted también las salvas del castillo Nuevo.

En efecto, las detonaciones se sucedían con regularidad, y pudimos contar que eran en número de veintiuna, que constituyen el saludo obligado entre potencias amigas.

—¿Me autoriza Vuestra Majestad para que me retire?—dijo Caracciolo, dirigiéndose a la Reina.—No tengo nada más que hacer aquí.

—Ni yo tampoco—repuso la Reina;—así que, me retiro al tiempo que usted. Ven, Emma.

María Carolina me hizo señal de que la siguiese, y yo la obedecí. Caracciolo se apartó para dejarnos pasar, saludó profunda y respetuosamente a la Reina, pero se irguió cuando pasé yo, y me lanzó una mirada tan llena de desdén, que mi frente enrojé de vergüenza.

Era el segundo insulto que Caracciolo me infería en aquella ocasión.

La Reina caminaba de prisa y sin darse vuelta a mirar si yo la seguía. Entró precipitadamente en su gabinete, y arrojándose en un canapé y mecándose los cabellos, exclamó:

—¡Ya lo has visto! Mi cuñado Luis XVI es un león comparado con ese hombre. ¡Oh! cuántas vergüenzas nos están reservadas, mi pobre Emma, si tu gobierno no viene en nuestra ayuda.

—Señora—respondí,—yo no soy más que una pobre mujer extraña a la política; pero me parece que en todo lo que ocurre, la culpa es tanto de los ministros como del Rey.

—¡Qué hacerle! Esos hombres no son lacayos... ¡Ah, pobre José mío!... Si te encontrases aquí, no permitirías que insultasen a tu Reina... Pero, ya vuelven a recrear nuestros oídos con el estampido de las salvas que se repiten. La República toma posesión del territorio de Nápoles... Sin duda, ese Caracciolo es todo un carácter.

—Permita Vuestra Majestad que yo no participe de esta admiración, y no exija que le profese simpatía. No se ha mostrado ese caballero nada cortés conmigo.

—Todos los nobles napolitanos son lo mismo: serviles como mendigos, o altivos como un antiguo noble alemán. Los Caracciolo presumen descender de los emperadores griegos; son altivos, pero a lo menos no dejan de ser valientes. Ya lo has visto; si Caracciolo recibiese orden de atacar con su *Minerva* al buque almirante, la recibiría como si se tratara de concurrir a una fiesta. Bien examinados, prefiero esos hombres a otros que, cual veletas, giran a todos los vientos.

La reina se acercó a la ventana.

—¿Te gustaría presenciar un combate desde aquí?—me preguntó.—¡Mira con qué insolencia flota al viento el estandarte revolucionario! «Estos colores, ha dicho La Fayette al Rey, darán la vuelta al mundo.» Espero que Inglaterra no permitirá que se cumpla esta orgullosa predicción. ¡Oh! cuando pienso que al otro lado de este palacio hay un francés que viene a imponernos leyes en nombre de un Gobierno que tiene prisionera a mi hermana y que acaso se prepara a cortar la cabeza a mi cuñado; cuando este pensamiento me asalta, la ira, la locura se apoderan de mí.

En aquel instante llamaron a la puerta.

Un cortesano anunció al embajador de Inglaterra.

—¡Que entre, que entre!—exclamó la Reina.

En seguida, tendiendo la mano a sir Guillermo:

—¡Ah! llega usted oportunamente—le dijo.—¿Sabe usted lo que ocurre?

—Sólo tengo noticia de lo que se dice; pero, ante todo, permita Vuestra Majestad que pregunte por el estado de su salud.

—¡La salud del reino, y no la mía, es la que debe preocupar! Estamos muy enfermos, mi querido Hamilton, y si Mr. Pitt no viene a socorrernos, temo que, al igual que hicieron con mi cuñado Luis XVI el 20 de junio, vayan a calarnos hasta las orejas el gorro frigio.

—Mr. Pitt, señora—dijo sir Guillermo,—vendrá en su ayuda, no lo dude Vuestra Majestad. Pero él pertenece a un partido que yo no sabría patrocinar, puesto que está en contradicción con los deseos de Vuestra Majestad: Mr. Pitt es un liberal que se ha pasado al bando conservador, no lo olvidéis, señora; quiere que Francia se declare por sí misma privada de sus derechos.

—Sí, esto es, que en vez de salvar a Luis XVI, lo cual habría conseguido uniéndose a la coalición, lo vengará después que los franceses le hayan decapitado. Por lo demás, reconozco que soy hartó exigente queriendo que el ministro de una nación que cortó la cabeza a Carlos I tome a mal el que un país vecino quiera imitar su ejemplo. ¡Oh, si odiase a los franceses como yo!

—Voy a decir a Vuestra Majestad una cosa que le parecerá imposible, y que, sin embargo, es verdad: Mr. Pitt aborrece a los franceses más que Vuestra Majestad.

—¿Más que yo?

—Sí, señora.

—Mucho lo dudo.

—Creedme, señora; he conocido al padre, lord Chatam, he conocido al hijo, a quien he visto en su niñez; nació enfermo, atacado de un furor innato; es una criatura excitable, melancólica

de condición violenta. Fox y Sheridan, a quienes he escrito, han hecho todos los posibles para que el gobierno interviniese cerca de la Convención, a lo que Pitt se ha negado. Es triste decirlo, sobre todo a Vuestra Majestad, pero él especula con el horror que producirá en Europa la obra de la Revolución. Dos veces en su vida ha reído Pitt: la primera, cuando tuvo noticia de la sublevación de Santo Domingo, en la que los negros cometieron todo género de excesos. Se rió, y dijo: «Los franceses podrán ahora tomar su café con azúcar.» La segunda vez, hace quince días, fué cuando Fox y Sheridan, alentados por mí, le observaron que, si no intervenía, los franceses podrían llevar la locura al extremo de matar a su rey. «En ese caso, dijo luego que hubo reído, habrá un blanco en el mapa de Europa.»

—¡Pero, vuestro Pitt es un monstruo!—exclamó la Reina.

—No tengo formada opinión sobre Mr. Pitt, cuyo Embajador me cabe el honor de ser, señora—dijo sir Guillermo sonriendo;—pero me consta que ha tenido la habilidad de hacerse adorar de las tres Inglaterras.

—¿A qué llama usted las tres Inglaterras, sir Guillermo? ¿Inglaterra, Irlanda y Escocia?

—¡Ah, no!: de la vieja Inglaterra, de la Inglaterra feudal que, desde el año 89 creía con terror que cada barco procedente de Francia conducía a sus playas los Derechos del hombre; de la Inglaterra comerciante, que considera que el mar es feudo suyo y a la que Pitt ha prometido el aniquilamiento de la marina francesa; en fin, de la Inglaterra ociosa, especuladora, agiotista. Francia segrega su territorio; los ingleses dividen sus rentas. Cada inglés tiene su cupón, y todas las mañanas calcula lo que le ha producido en las últimas horas. Cuando Francia, caminando hacia la bancarrota, emitió dos billones de asignados (1), nuestro cinco por ciento, que estaba a 92, subió a 120. ¡Pitt fué un gran hombre! El

(1) Papel moneda que creó la Asamblea Nacional francesa en 1790.

cuatro, que se cotizaba a 75, subió al 105. ¡Pitt fué un héroe! Finalmente, el tres, que estaba a 57, vale ahora 97. ¡Pitt es un dios!

—¡Triste dios!

—¡Ay, señora! bien sabe Vuestra Majestad que los hombres se forman de los dioses, según su amor o su odio. Los indios adoran una vaca, los mongoles un llama, los siameses un elefante blanco. Déjenos usted adorar el becerro de oro; es la religión más extendida entre nosotros.

En aquel momento retumbó nuevamente el cañón, anunciando que el mensajero de M. de Latouche-Tréville entraba en el bote almirante, y vinieron a decir a sir Guillermo que el Rey le suplicaba que fuese a reunirse con él.

## LVI

Por las disposiciones del Rey y del Consejo, se ha podido comprender que el enviado de M. de Latouche-Tréville, no encontraría grandes dificultades para el éxito de su gestión. En efecto, el Rey estaba decidido a conceder a Francia todo cuanto ésta pidiese; y, durante la sesión, había declarado que estaba pronto a recibir al ciudadano Mackau, y a tratarlo como embajador de potencia amiga.

Había prometido guardar la más estricta neutralidad en las guerras de Francia con Europa, y a llamar a su embajador en Constantinopla. En una palabra, había accedido a todos los extremos y dado a Francia todo género de satisfacciones.

La flota francesa se hizo a la vela aquella misma tarde, y al amanecer del siguiente día se habían perdido de vista todos los buques que la componían.

Pero antes de partir, el almirante

Latouche-Tréville había desembarcado al embajador de Francia en Nápoles, el cual estaba acompañado del embajador en la corte de Roma, el ciudadano Basseville.

El espectáculo de una escuadra francesa maniobrando en el golfo, había sido contemplado por una multitud inmensa, que aumentó y presentó un aspecto más tumultuoso en el sitio donde desembarcó el enviado del almirante francés. La bandera tricolor que tremolaba en la popa del barco almirante había despertado, flotando tan cerca de la tierra napolitana, emociones bien opuestas: los *lazzaroni* la miraron con una especie de idiotismo rencoroso; pero toda la juventud esclarecida de Nápoles, todos los hombres dedicados a profesiones liberales, sintieron latir su corazón ante la perspectiva de una revolución que el partido adelantado deseaba. Todos estos detalles fueron comunicados a la Reina, y hasta se le aseguró que algunos jóvenes, entre los cuales figuraba un tal Manuel de Deo, no habían podido reprimir su entusiasmo, y en el momento de pasar junto a ellos el enviado del almirante, habían gritado: «¡Viva Francia!»

Por la noche, al regresar al palacio de la embajada inglesa, observé la presencia de algunos grupos situados en la calle de Chiatamone; esos grupos estaban apostados frente a una casa en cuya fachada ondeaba la bandera tricolor, y en aquella casa se alojaba el ciudadano Mackau.

Al otro día por la mañana sucedió lo que había vaticinado el capitán Carracciolo: estalló una horrorosa tempestad. Si Nápoles hubiese resistido veinticuatro horas solamente, la escuadra francesa habría tenido que levar anclas, o, de lo contrario, todos sus navíos, desde el primero al último, habrían zozobrado.

Viendo lo que ocurría, la Reina no pudo contenerse, y afeó al Rey su cobardía, reproche que no mortificaba demasiado a Fernando; en vez de felicitarle por aquella tempestad, que podía, sin necesidad de intervenir las baterías napolitanas, causar terrible daño a la división del almirante francés,

deploraba haber tenido que renunciar a una partida de caza en el bosque de Persano. Sin embargo, logró tranquilizar un tanto a la Reina, mostrándole su modo de entender la fe debida a los tratados, y se comprometió formalmente con sir Guillermo a separarse de Francia tan pronto como los ingleses se uniesen a la coalición; Mr. Pitt no tendría más que hacerle una indicación, y hombres y barcos estarían a la disposición de Inglaterra.

El 20 de diciembre, esto es, cuatro días después, de la partida de la flota, vino a interrumpir mi sueño un inmenso clamoreo; una masa del pueblo invadía ruidosamente los jardines de la embajada.

Toqué el timbre para averiguar la causa de aquel rumor, y supe que la escuadra francesa entraba de nuevo en el puerto.

Vestíme precipitadamente, calculando que la Reina me mandaría llamar, como así sucedió, pues a poco recibí una tarjeta suya invitándome a trasladarme a su castillo. Casi al mismo tiempo, entró sir Guillermo en mi habitación. Acababa de recibir del Rey análoga invitación, y se ofreció para acompañarme.

Ocupamos el coche y dimos al auri-ga orden de tomar por Santa Lucía.

No bien llegamos al muelle, vimos a toda la flota francesa que entraba en el puerto, no con el orden admirable de pocos días antes, sino como una bandada de aves marinas espantadas buscando cada una por su lado ponerse a cubierto de la intemperie.

Llegamos al castillo. El consejo había sido convocado, y, al subir por la escalera de honor, encontramos al capitán Caracciolo, a quien se había considerado oportuno llamar, por más que, la vez anterior había discrepado con la opinión del Rey.

Sir Guillermo me dejó en la puerta de las habitaciones de la Reina, y se encaminó a la sala del Consejo.

Enteré a la Reina del encuentro que acababa de tener en la escalera, oyendo lo cual, María Carolina se apresuró a tocar el timbre.

—Digan al capitán Caracciolo que

tenga la bondad de venir a mi habitación antes de entrar en Consejo; tengo que hablarle.

Luego, dirigiéndose a mí:

—¿Comprendes algo de lo que pasa? —me dijo.—¡Nosotros, que nos creíamos libres de esa flota francesa! ¿Qué nos querrá ese almirante de Latouche-Tréville con sus pendones tricolor? ¿Viene aquí para hacer propaganda republicana, para encender la revolución entre nosotros? ¡Oh! ¡tenga cuidado! Estamos prevenidos con tiempo. Con nosotros, no le resultarán las cuentas tan galanas como tratando con Luis XVI y María Antonieta. En cuanto a mí, declaro que seré inexorable.

No tuve ocasión de responder; la puerta se abrió, y fué anunciada la llegada del capitán Francisco Caracciolo.

—Entre usted, señor—dijo la Reina.—Es usted el único que el otro día participaba de mi opinión.

Caracciolo se inclinó.

—Es una gran felicidad para mí, porque el otro día Vuestra Majestad hablaba en nombre del honor napolitano.

—Y bien, díganos francamente, ¿qué ocurre ahora?

—Lo que yo había vaticinado; la flota francesa ha sido batida y dispersada por la tempestad. Veinticuatro horas más tan sólo, y habríamos sido los dueños de la situación.

—¿Podríamos restablecerla?

—¿Cómo, señora?

—Según su parecer, la escuadra francesa vuelve a Nápoles a causa de encontrarse en serio peligro.

—Por lo que puedo juzgar—dijo Caracciolo mirando en dirección al mar.—ni un solo buque ha dejado de experimentar averías.

—Pues bien, si se aprovechase la situación, si se intentase hacer hoy lo que el otro día no se hizo, ¿estaría usted dispuesto aún a lanzarse con su corbeta al ataque del buque almirante?

—¡Imposible, señora!

—¡Cómo, imposible!

—El otro día, yo proponía atacar a un enemigo.

—¿Y ahora?

—Ahora, ese enemigo se ha convertido en nuestro aliado.

—¿Nuestro aliado?

—Sin duda, señora; ha sido empeñada una promesa, ha sido firmado un tratado. El almirante de Latouche-Tréville venía entonces a imponer condiciones a una nación enemiga; hoy, viene a pedir socorro a un reino aliado. En aquella ocasión, combatir era un deber, a mi juicio; atacar en la presente, sería una traición.

—¿Y si, con todo, recibiese usted orden del Rey?

—¿De atacar?

—Sí.

—Espero, señora, que el Rey no me dará semejante orden.

—Pero ¿en el supuesto de que la diese?

—Tendría el sentimiento de presentarle mi dimisión.

—¡Ya lo oyes, Emma!—dijo la Reina volviéndose hacia mí.—Por éste, juzga a los otros. ¡He aquí hasta dónde llega su adhesión a nuestra causa!

Después, dirigiéndose a Caracciolo, añadió:

—Está bien, señor; he sabido de usted todo lo que quería saber; puede usted retirarse.

Caracciolo hizo una reverencia y salió.

—Todo se explica ahora—continuó diciendo la Reina.—La flota ha sufrido averías, y viene a repararlas en Nápoles. ¿Por qué no? Nápoles, conforme ha dicho el ciudadano Caracciolo (y recaló la palabra *ciudadano*), Nápoles es el aliado de esa República francesa que acaba de declarar la guerra a los reyes, y que va a cortar la cabeza a mi cuñado.

Yo permanecí sin despegar los labios.

—¿Y qué? ¿no me respondes? ¿Nada tienes que decirme?...

—Temería mortificar a la Reina, expresándole mi franca opinión.

—¿Mortificarme, tú? ¡Estás loca!

—¿En qué podrías tú lastimarme?

—Participando del criterio de ese hombre.

—¿De qué hombre?

—Del príncipe Caracciolo, y sabo Dios que no es por afecto hacia él.

—Luego, ¿te parece que los franceses tienen razón en ponernos el pie encima?

—Me parece, señora, que se ha cometido un error al pactar con ellos.

—¿Y tenemos que sufrir las consecuencias del pacto? Acaso tengas razón. Consultaremos a sir Guillermo.

Entretanto, la escuadra francesa había entrado en el puerto, como en casa de un amigo, y echado anclas.

Una hora después supimos que todas las prevenciones del capitán Caracciolo se habían cumplido. Apenas en alta mar, la escuadra francesa había sido batida por una horrible tormenta; siete unidades, de las once que la formaban, habían sufrido graves averías, y el almirante de Latouche-Tréville, amparándose en el tratado pretendía que le concediera las ventajas acordadas a las naciones más favorecidas, y venía a reparar sus maltrechos navíos, a renovar su provisión de agua, y comprar víveres, jarcias y velamen.

Fué complacido en todas estas peticiones.

Hay más: en la prisa que el Gobierno napolitano tenía en alejar a aquellos peligrosos huéspedes, se facilitó al almirante obreros, materiales, vituallas, y, por medio de un conducto provisional, condujeron hasta la punta del muelle las aguas de Carnignano, las más puras y límpidas de Nápoles.

En cuanto a la Reina, a fin de no ver a cada instante aquellos uniformes, aquellos estandartes odiosos, se retiró a Caserta, aunque nos encontrábamos en lo más riguroso del invierno, en pleno enero, y me llevó consigo.

## L.VII

Durante nuestra estancia en Caserta se cumplieron en Nápoles todos los cálculos de la Reina. Sea que Latouche-Tréville tuviese realmente necesidad de reparar sus barcos, sea que esa reparación no fuese más que un artificio y que obrase según las instrucciones secretas de la República, que eran fomentar la revolución en todos los pueblos con los que Francia se ponía en relación, sea lo que fuere, el almirante aprovechaba su presencia en la capital del reino de las Dos Sicilias, arrastrando a los patriotas napolitanos a organizarse en sociedades secretas y a preparar para la Italia meridional el triunfo de los principios que a la sazón imperaban en Francia. Sabido es que los oficiales de la marina francesa son, en general, instruídos y de finos modales. Diariamente bajaban a tierra y se diseminaban por la ciudad, donde hacían prosélitos y sembraban en los juveniles cerebros la semilla de las revoluciones, que años más tarde debían hacer correr tanta sangre. La víspera del día en que la flota se disponía a levar anclas, el elemento joven de la sociedad napolitana ofreció una gran comida a los oficiales de la escuadra. Entonáronse allí cantos revolucionarios, y entre ellos la *Marsellesa*, que acababa de componer Rouget de Lisle, y que tan terrible inmortalidad ha proporcionado a su autor. Se enarboló el gorro frigio y se hizo juramento de proporcionar también a Nápoles una enseña tricolor, en substitución al blanco pendón de los Borbones. Además, todos los que asistieron a la fiesta, implantaron la moda francesa que Talma había creado en la tragedia de *Titus*, y que consistía en llevar el cabello cor-

tado a rape. La Reina no me hacía ninguna confidencia, pero me parecía preocupada por algo sombrío; a menudo, estando juntas ella y yo, venían a hablarle en voz baja y a decirle que la llamaban. Se levantaba en seguida sin hacer ninguna pregunta, como si de antemano conociese el motivo de aquella molestia; luego, al cabo de un cuarto de hora, de media hora, volvía, y, estrechándome la mano, me decía:

—¡ Todo va bien !

Un día que la Reina se encontraba en una de esas conferencias secretas, bajé al jardín, y vi a un hombre vestido de negro, que me era desconocido.

Sin sospechar que aquel hombre estaba destinado a adquirir una terrible reputación, llamó en extremo mi atención.

Era más bien alto que bajo, llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho; su mirada era fija y taciturna, pero se me figuró que no veía lo que miraba. Su tez era blanquecina. Su paso era irregular, como el de los animales salvajes, ora receloso, ora rápido. Pasó cerca de mí, sin verme, al parecer; hablaba consigo mismo, y oí estas palabras escapadas de su boca, como masticadas entre dientes:

—¡ La tortura ! ¡ necesito la tortura ! Sin ella, ¿ qué quieren que haga ? ¡ Jamás confesarán !

Aquel hombre me infundió espanto. Le seguí con los ojos; vinieron a buscarle de parte de la Reina.

Me senté en un banco; mis piernas temblaban.

Pronto vi aparecer a la Reina en la puerta del jardín; miró en torno suyo. Me levanté, y fui a colocarme a su lado.

—¿ Quién es, mi querida Reina, ese hombre que he encontrado en el jardín y que musitaba palabras de suma tristeza ?

—¿ Cuál ? — preguntó la reina.

— Uno que Vuestra Majestad ha mandado llamar.

— ¡ Ah ! — dijo la Reina riendo, — ¿ lo has visto ?... Es mi sabueso. Al igual que el Rey, me siento dominada por la pasión de la caza; como él, quiero tener mi jauría, y dentro de poco, po-

drems emprender la caza del jacobino; es un animal muy peligroso, pero solamente cuando el cazador se descuida y le deja tomar ventajas sobre él.

— Pero, en fin señora, ¿ ese hombre ?

— Pues bien ese hombre...

— ¿ Es el verdugo ?

— No tanto, pero espero que será su proveedor.

Y extendiendo el brazo en dirección a Francia, exclamó:

— ¡ Oh, hermana mía, mi pobre hermana ! Ellos te sujetan, a ti, pero yo los tengo a ellos; y está tranquila, pues, ya que todos los hombres son hermanos, los hermanos de Nápoles pagarán por los hermanos de París.

No desplegué los labios. Comprendía el odio de la Reina hacia la Revolución; pero tanta energía en una mujer, me impresionaba. Ello es cierto que aquella mujer era la hija del rey María Teresa.

Caminaba silenciosa apoyada en el brazo de la Reina, que el estado nervioso de María Carolina mantenía rígido y fuerte como el brazo de un hombre.

— ¡ Qué hacerle, mi pobre Emma ! — me dijo Carolina, — es preciso que tomes una decisión. Creías venir a un país delicioso; habrás oído contar maravillas de su flora, de su cielo y de su ambiente; te habrán dicho que la vida se deslizaba aquí entre placeres y festines. Pero quizás no te hayan dicho que hay una montaña que encierra el infierno en sus entrañas, que parece sonreír, como el resto de la creación, y que de repente, conmoviendo los edificios cual frágiles castillos de naipes, cubría con lluvia de candente lava a Pompeya y Herculano... olvidaron decirte eso; pero yo, corrigiendo el olvido, te lo digo.

Yo la miré, casi asustada.

— Empezamos una lucha terrible en la que podemos ser vencidos, aunque tenemos noventa probabilidades contra cien de ser vencedores; pero será preciso combatir, y el combate será rudo. Hija de las frescas praderas y de los verdes céspedes, acaso te sientas demasiado débil para acompañarme en mi puesto de batalla. Si es así, abandona a tu Reina, regresa a tu país de

Gales, y vuelve a tu punto de partida, como el diáfano riachuelo que, temeroso de mezclarse con las agitadas olas del mar, retrocede a su nacimiento.

— ¡ Oh, no, no ! — exclamé, echándole mis brazos al cuello; — la quiero demasiado para abandonarla en el peligro. Soy débil, pero Vuestra Majestad es fuerte, y me sostendrá, si desfallezco. No he profundizado bastante los secretos de la política para saber de qué lado está la razón en esa cruenta lucha de los pueblos contra los reyes; pero, si Vuestra Majestad se equivoca, mi querida Reina, quiero equivocarme yo también, y si el Vesubio o la Revolución estalla sobre Nápoles, quiero que me abrase la misma lava y ahogada por la misma ceniza en que perezca Vuestra Majestad.

La Reina me rodeó con uno de sus brazos y me estrechó contra su corazón.

— ¡ Enhorabuena ! — dijo; — me parecía, de algún tiempo acá, que te habías casi perdido, pero felizmente te recupero. Ya me entristecía, considerándome sola. ¡ Oh ! no tendré secretos para ti. Sí, estoy laborando en una obra sombría; lo mismo que las Euménides, formo serpientes en las tinieblas. Con oro y con títulos, se hace aquí lo que se quiere. Ese hombre que has visto, y que te ha producido tan profundo miedo, es una de mis víboras; se llama Vanni. Los otros dos, se llaman Guidobaldi y Castelcicala. El último es príncipe; era nuestro embajador en Londres. Le propuse regresar para ser el jefe de mis espías, el presidente de mi consejo de Estado, y aceptó la proposición. ¡ Oh ! concederé tales recompensas a los delatores, que, a imitación de la Roma antigua, haré, convertir en cosa honorable la delación, o cuando menos, envidiada, deseada.

— Entonces — objeté, — no me explíco por qué ese Vanni habla de torturas, y decía que sin la tortura, no se obtendrían las revelaciones.

— Sí, la tortura es su obsesión, y desde un punto de vista que le es particular, no carece de razón. Ese hombre es ambicioso. Cuando los demás se contentan con decir: *Nuestro rey*, él dice *Mi rey*, como si el Rey fuese para

él solo, y como si sólo él estuviese encargado de guardarle. Así que, no escasearán las denuncias ni los acusados; pero quizás no aparezcan los culpables, porque, para ciertos espíritus obstinados, sólo pueden considerarse como culpables aquellos que confiesan su crimen; y aquí, nadie confiesa. Pues bien, Vanni entiende que a favor de ciertos procedimientos ideados por él, conseguiría hacer hablar a las piedras. Por mi parte, le he dicho que no me oponía, y que la verdad es cosa tan precisa, que todos los medios son lícitos para alcanzarla. Ahora se presenta una dificultad: parece que las leyes no han previsto el caso. Los jacobinos no caen dentro de la ley, porque el jacobinismo no es crimen previsto. No se puede, pues, aplicarle la ley, y, toda vez que está fuera de ella, cabe servirse, para reprimirlo, de medios extralegales. Bien comprenderás que no poseo bastante ciencia jurídica para saber todo esto: tal argumento me lo ha planteado mi víbora, mi Vanni. Ha citado a Cicerón estrangulando a Léntulo-Sura y a Cayo Cetego, a pesar de la ley que prohibía atentar contra la vida de los ciudadanos romanos. Es hombre muy sabio, ese Vanni. Le haré marqués y caballero de la orden de San Jorge Constantino.

Miré a la Reina con una expresión de asombro no exento de cierto terror. María Carolina notó la impresión que sus palabras me producían.

—Sí—dijo,—lo comprendo, encontras que hay diferencia entre la Carolina de hoy y la de los primeros días; aquella cifraba todos sus anhelos en vestir como tú, toda su ambición en parecer hermosa, hasta al lado tuyo; aquella conocía el sufrimiento, más aún, el odio; si se encerraba a solas contigo, era para buscar las chispas de una dicha que pasó, en las cenizas de su amor; era para decirte: «He amado y no amaré otra vez»; era para decirte: «Aunque reina, también yo he tenido un corazón». La Carolina de ahora no tiene tiempo de soñar en el pasado; es preciso luchar por el porvenir. ¿Qué supone un amante desterrado en Sicilia, al lado de una hermana prisionera

en Francia, y de un hermano que tiene un pie en las gradas del patíbulo? Felicidad, poesía, amor, no son cuestiones de actualidad. ¡Se trata de la vida! No hay un solo animal, desde el águila hasta la paloma, que no defienda su existencia y que no luche por sus hijos. Matar al que quiere matarnos, no es venganza sino instinto de conservación. Si entre nosotros surgen los Vergniaud, los Pétion y los Robespierre, no esperaremos que hagan un 20 de junio o un 10 de agosto; haremos contra ellos un San Bartolomé. Los Valois han enseñado a los Borbones que es mejor disparar del Louvre a la calle, que dejar tirar de la calle al Louvre. Llámame *madame Vêto* o *madame Deficit*, llámame como se les antoje; pero no me llamarán Juana Grey ni María Estuardo.

—¡Librenos Dios de semejante desgracia!—dijo una voz a dos pasos de nosotras.

La Reina y yo nos volvimos rápidamente, y nos encontramos en presencia de un hombre en cuya indumentaria se descubría a un dignatario de la Iglesia.

En el modo de mirar de la Reina, comprendí que no conocía al extraño que tenía la audacia de sorprendernos y entrometerse en la conversación.

Pero yo le reconocí y exclamé:

—¡Monseñor Fabricio Ruffo!

—Puesto que lady Hamilton me dispensa el favor de reconocermé, ¿querrá añadir el de presentarme a la Reina, a quien, por otra parte, vengo a hablar comisionado por el Rey?

Consulté a la Reina con la mirada; habiéndome oído nombrar al favorito del papa Pío VI, con el cual la corte de Nápoles conservaba la mejor armonía, su semblante adquirió una expresión de benevolencia que me permitió interpretar los deseos del noble prelado.

—Señora—dije,—¿permite Vuestra Majestad que, correspondiendo al deseo que le mueve, tenga yo el honor de presentarle a monseñor Fabricio Ruffo, tesorero de Su Santidad?

—Señora—dijo el prelado inclinándose,—al paso que agradezco a lady

Hamilton su atención, permita Vuestra Majestad que rectifique dos pequeños errores en que ha incurrido y en que debía incurrir. Ya no soy tesorero, sino cardenal.

—Le felicito, señor—dijo la Reina.—Pero, ¿no ha dicho Su Eminencia que venía de parte del Rey?

—Lo he dicho, señora, y digo ahora que le traigo una gran noticia, una noticia que bien podría tener las más graves consecuencias. El embajador de la República francesa en Roma, el ciudadano Basseville, acaba de ser asesinado en un motín popular.

La Reina se estremeció.

—¡Ciertamente, es una gran noticia! ¿Y cómo ha ocurrido el hecho?

—Tal vez Vuestra Majestad no ignore que el almirante francés conducía a bordo de su buque al ciudadano Mackau, embajador en la corte de Nápoles, y al ciudadano Basseville, embajador en la corte de Roma.

El cardenal silabeó la palabra *ciudadano* dos veces repetida, lo cual no desagradó a la Reina, debido al acento empleado por su interlocutor.

En los labios de María Carolina se dibujó una sonrisa de desdén, y con un signo indicó que estaba atenta a lo que el cardenal iba a decir.

Este continuó hablando así:

—La noticia levantó mucha polvareda y cundió por nuestra campiña. No tengo, señora, necesidad de decirle hasta qué punto nuestros dignos sacerdotes infunden en la conciencia de sus fieles el terror hacia la República francesa; pactar con ella, equivale a pactar con el infierno. Al ser, desde los pulpitos, divulgada esa noticia, el populacho de Roma, ciego y feroz, se situó en el camino por donde debía pasar el embajador. Esperaron durante tres días. Los sacerdotes repetían, en los confesionarios, que el embajador francés se dirigía a la ciudad santa para izar el estandarte de Satanás. Las mujeres oraban, los hombres apretaban los dientes y afilaban sus cuchillos.

—¡Pueblo valiente!—exclamó la Reina.

—En fin, anteayer, 13 de junio, un gran vocerío anunció que el coche se

acercaba; todo el pueblo se precipitó a su encuentro. El embajador vestía su traje republicano, y en el mismo carruaje iban dos amigos suyos. Al verlos, estallaron los gritos y exclamaciones. Los tres viajeros parecían sordos o indiferentes, y continuaban su camino; las ruedas y los caballos del vehículo habían desaparecido: parecía un barco surcando entre olas humanas. En tal situación llegan al palacio del cardenal Zelada, entran y le intiman a reconocer sus poderes. El cardenal, que tenía instrucciones concretas de Su Santidad, se niega a ello, y manifiesta que, para la corte de Roma, la República francesa no existe ni existirá jamás. El embajador saluda al cardenal, toma de nuevo el coche y, sea para sostener el honor de Francia, sea para hacer un llamamiento a los patriotas italianos, enarbola una bandera tricolor al lado del cochero. Entonces crece el griterío y empieza una lluvia de piedras sobre el embajador y sus amigos. El cochero, despavorido, lanza los caballos al galope y el carruaje llega al domicilio de un banquero francés. Por desgracia o por fortuna, según el punto de vista que se mire, la puerta que da entrada al vehículo no se cierra a tiempo; el pueblo se abalanza, y en el tumulto, sin que se sepa cómo fué la cosa, Su Excelencia el ciudadano Basseville ha resultado con el vientre abierto de un navajazo.

—¿Y se conoce al asesino?—preguntó vivamente la Reina.

—Sí y no—respondió monseñor Ruffo.—Su Santidad le conoce, pero no el gobierno de Su Santidad. Así que, el Papa, ya comprometido por la guerra de la Vendée, lo está ahora mucho más por la muerte del embajador francés; por más que, cual Pilatos, se lave las manos, la sangre de Basseville salpicará de todos modos la punta de sus dedos. La muerte de Basseville es la guerra con Francia. Vengo, en nombre de Su Santidad, a preguntar al Rey Fernando si se encuentra en situación de prestarle su apoyo, y, en este caso, pongo a disposición del defensor de la Iglesia mis escasos talentos y mi limitada ilustración.

La Reina sonrió.

—¿Pertenece, pues, Su Eminencia a la Iglesia militante?

—¡ Créalo, señora! yo soy de la cepa de la Valette y Richelieu. En la Edad Media, habría yo llevado espada y coraza, y hecho la guerra a los turcos y hugonotes. En el día, estoy pronto a hacerla a los franceses, que son paganos de peor ralea.

—Pues bien, señor cardenal—dijo la Reina,—procuraremos darle trabajo. Desgraciadamente, la cosa no depende sólo de mí.

—Lo sé—contestó Ruffo;—pero—añadió, dirigiéndome la mirada,—si la señora quiere secundarnos...

—¡ Yo, señor Cardenal! ¿Y qué quiere usted que yo haga, Dios mío?

—¡ Ah, señora! Pericles hizo la guerra de Samos, las de Megara y del Peloponeso siguiendo los consejos y por la influencia de Aspasia... Aspasia no era más hermosa que usted, y Pericles no ejercía más influencia en los asuntos de Grecia que sir Guillermo Hamilton en los de Inglaterra. ¡ Declare Inglaterra la guerra a Francia, y estamos salvados!

—¿Lo oyes?—me dijo la Reina.—El cardenal habla en nombre de nuestro Santo Padre el Papa, y éste es infalible.

—¡ Pues bien, sea, mi querida Reina!—respondí;—pondré todo mi empeño. ¡ Hola! precisamente aquí tenemos a Pericles que viene a ponerse a nuestra disposición.

En efecto, sir Guillermo venía en nuestra dirección. Como era la hora de comer, entramos en el castillo. Su Majestad invitó a sir Guillermo y al cardenal, y en tanto que comíamos trazamos los más belicosos proyectos.

Cuan ahora pienso que contribuí, siquiera con el peso de un grano de arena a inclinar el platillo hacia el lado de una guerra que duró veinte años, y que no está quizás completamente acabada, me espanta la responsabilidad que un grano de arena puede tener ante Dios.

## LVIII

Tenía razón el cardenal: el asesinato de Basseville repercutió profundamente en Francia. La Convención anunció que la víctima sería cumplidamente vengada y que el hijo de ésta iba a ser adoptado por la patria.

Pero la excitación cedió presto ante una catástrofe mucho más terrible. El 27 de enero se supo en Nápoles que Luis XVI había sido condenado a muerte; el primero de febrero se supo que había sido ejecutado.

Al recibirse la noticia en Londres, Pitt anunció al ministro de Francia que debía salir de Inglaterra dentro de las veinticuatro horas. Incitado por mí, si bien cúmpleme declarar que no tenía necesidad de ningún estímulo, sir Guillermo había escrito directamente tres o cuatro cartas al rey Jorge, y éste le había contestado de su puño y letra diciéndole que Inglaterra, queriendo que toda la responsabilidad fuese de Francia, esperaba que los franceses hubiesen ejecutado al Rey, pero que inmediatamente después de la ejecución se rompería con la República.

Recibimos en Nápoles ambas cartas simultáneamente: la que anunciaba la ejecución de Luis XVI el 21 de enero, y la que anunciaba la destitución y salida de Londres del embajador francés.

Aunque ya se esperaba la muerte de Luis XVI, la noticia de la misma fué un golpe terrible para la Reina. La carta del embajador era en papel de luto, y a su vista, Carolina lo comprendió todo. Lanzó un grito y se desmayó, profiriendo estas palabras:

—¡ Lo han asesinado!

En el acto se dió orden de suspender todas las fiestas de Carnaval, de vestir

luto toda la corte y todas las autoridades y de rezar en todas las iglesias.

Castelcicala, Guidobaldi, Vanni fueron advertidos de que podían empezar la obra para que habían sido llamados.

Se llevaron a cabo varias detenciones, y cuando el número de los jacobinos encarcelados no bajó de trescientos, sólo entonces volvió a sonreír la Reina.

El Gobierno napolitano se preparó para la guerra, si bien continuaba siendo aliado de Francia. El ejército terrestre fué elevado a 36.000 hombres, y la escuadra a ciento dos buques de toda clase de tonelaje.

El cardenal Ruffo había, en todas las circunstancias, querido obtener una importancia militar o política que sin duda le hacía desear la conciencia de su mérito, y a la cual le daban derecho no solamente la recomendación del soberano Pontífice, sino también sus estudios realizados en el arte de la artillería, estudios que, si no me engaño, consistían en un sistema especial de preparar los proyectiles; pero, sea que el ministro Acton no participase de la confianza que el cardenal tenía en su propio mérito, sea que temiese la influencia de un hombre superior a él, sea, en fin, que la Reina, sintiendo cierta aversión por el cardenal, hubiese neutralizado las buenas intenciones del Rey, que lo había tomado bajo su protección, ello es que transcurrieron dos o tres meses sin que el cardenal Ruffo alcanzase ninguna posición oficial en la corte.

María Carolina estaba, a la sazón, lejos de sospechar, el servicio que, seis años después, debía prestarle, como soldado, el cardenal a quien en la actualidad excluía de los asuntos militares.

Pero el Rey, que, por el contrario, sentía viva simpatía por Su Eminencia, quiso por fin darle una prueba de esa simpatía; mas, como quiera que le solía mezclar la burla con el favor, le confió el cargo que menos se amoldaba a un hombre de condición eclesiástica: le nombró inspector de su colonia de San Leucio.

Quisiera entrar aquí en algunos de-

tales sobre esta colonia de San Leucio, de la que solamente he dado una idea sumaria en un capítulo anterior de estas Memorias.

La cosa es difícil de decir, pero no importa. Tantas cosas difíciles he dicho ya, y tantas otras me quedan por decir aún, que vacilar ahora sería ridículo. Por otra parte, concederé la palabra al propio rey Fernando, y se juzgará si fué bondad, hipocresía o cinismo, lo que pudo sugerirle la idea de fundar la colonia de San Leucio, harem campestre en el que ejercía de sultán no menos que el Gran Turco en el suyo. Reproduzco el manuscrito original del Rey, que me dió a conocer la reina Carolina y que se intitulaba: *Origen y aumento de la población de San Leucio*.

«Uno de mis deseos más vehementes—dice Fernando en ese documento,—ha sido constantemente encontrar un lugar agradable y apartado del bullicio de la corte, donde pueda yo emplear con provecho las pocas horas de ocio que me dejan los graves asuntos de mi reino. Las delicias de Caserta, y la magnífica habitación empezada por mi padre y terminada por mí, no brindan el silencio y la soledad necesarios a la meditación y al descanso del espíritu, pero formando por decirlo así, una segunda capital en medio de la campiña, con las mismas aficiones al lujo y a la magnificencia que en Nápoles me rodean, pensé en la conveniencia de elegir, dentro del mismo parque del castillo de Caserta, un sitio más retirado, una especie de Tebaida, que vino a ser el paraje de San Leucio».

Véase de qué manera el rey Fernando entendía la meditación y el reposo del espíritu.

«En consecuencia, habiendo hecho, en 1773, tapiar el bosque, en cuyo recinto existía el viñedo y el antiguo casino de los príncipes de Caserta llamado el *Belvedere*, hice construir, en una altura, un pequeño pabellón para mi personal comodidad en mis excursiones cinegéticas. Además, hice reparar una vieja casa medio derruida, y edificar unas cuantas; encargué a cin-

co o seis individuos el cuidado del bosque y la misión de vigilar los viñedos, el pabellón y las plantaciones, y en general todo el terreno comprendido en el recinto. En 1776, el salón del antiguo casino fué convertido en iglesia, y esta iglesia erigida en parroquia, por reclamarlo así el incesante aumento de la población que pronto alcanzó el número de diez y siete familias. Fué, por tanto, necesario aumentar las habitaciones en razón de la cifra de habitantes.»

El Rey continúa :

«Cuando el pabellón fué ensanchado, iba a pasar allí el invierno ; pero, habiendo tenido la desgracia de perder a mi primer hijo y habiendo, por tal causa, adquirido la costumbre de ir solamente de vez en cuando, resolví destinar aquella vivienda a un empleo más útil. Los moradores de quienes he hablado, con otras catorce familias que habían engrosado la masa de población, elevaron la cifra de la misma a ciento treinta y cuatro individuos, merced a la pródiga fecundidad determinada por la pureza del aire y por la tranquilidad y la paz doméstica en que vivían ; por lo que vine a temer que un número tal de criaturas de ambos sexos, que aumentaba sin cesar, podía formar algún día, por falta de educación, una peligrosa sociedad de libertinos y canallas, y resolví establecer una escuela para los niños y las niñas, a cuyo efecto elegí mi pabellón de caza. Empecé, pues, a estudiar el plan de desarrollo y a buscar personas idóneas y a propósito para desempeñar los empleos necesarios al fin que yo perseguía.

»Luego que lo había puesto casi todo en orden, consideré que todas las fatigas que iba a proporcionarme, todos los gastos que el proyecto me originaría, resultarían desgraciadamente inútiles, pues al terminar los alumnos sus estudios, deberían dedicarse a un oficio cualquiera y abandonar la colonia, o de lo contrario vivir en una ociosidad, dado que para mi servicio no podía ocupar más que a unos cuantos. Y en la alternativa de tener que alejarse, me imaginaba el pesar que la separación

causaría a las respectivas familias, y aun a mí mismo, que me veía privado de aquella radiante juventud que miraba como cosa mía y que tantos afanes me costaba. Estudié, pues, otra solución, encaminada a conseguir una vida tranquila y dichosa, inspirada en el santo temor de Dios, para esa colonia que sin cesar crecía y que podía llegar a ser útil al Estado, a la familia y a cada individuo en particular.

»Hasta entonces, no me habían dado el menor motivo de queja ; al contrario, había gozado, entre ellos, de esa suprema satisfacción tan deseada durante las horas del rudo trabajo que de mí reclamaban los asuntos públicos.»

Como se ve, el rey Fernando había por fin encontrado *el silencio y la soledad tan necesarios a la meditación y a la tranquilidad del espíritu.*

Habiendo logrado esa conclusión inesperada, el rey Fernando, reconocido a aquella galana juventud que alegraba su alma, resolvió dar a la colonia unas leyes que recordasen las que Saturno y Rea dieran a sus pueblos en la edad de oro.

En su virtud, empezó por abolir los derechos tiránicos de los padres sobre los hijos, derechos que con mucha frecuencia impiden a los segundos seguir la inspiración de su corazón y los instintos de la naturaleza.

Los hijos, por consiguiente, tuvieron elección libre y fueron dueños de casarse, sin que los padres tuviesen nada que ver en esa importante cuestión del matrimonio, en la que suelen intervenir únicamente para echarlo todo a perder. Anualmente, el día de Pentecostés, al salir de la misa mayor, los jóvenes debían mostrar a todo el vecindario la elección que habían hecho ; bajo el pórtico de la iglesia, el joven ofrecía un ramo de rosas a la doncella objeto de su amor ; si la favorecida correspondía al sentimiento del galán, le entregaba un ramo de rosas blancas, y quedaba concertado el compromiso ; aquel mismo día eran ambos amantes reconocidos como novios y el domingo siguiente contraían matrimonio.

En este breve lapso de tiempo, el Rey los llamaba a su casa, por supues-

te, separadamente ; les dirigía un discurso sobre los deberes conyugales, y, entrando en sus cálculos el dotar a los nuevos esposos, según la compunción observada por la joven durante el discurso, el dote aumentaba o disminuía. Es de comprender, por lo tanto, con cuánta atención escuchaba la novia una tan importante arenga. Por lo demás, nada de jueces, nada de tribunales. Si alguna cuestión se promovía, tres viejos, elegidos por la colonia, fallaban, como San Luis, bajo una encina.

Para evitar las imprudencias que el lujo provoca, aun tratándose de campesinos, todas las jóvenes de la colonia llevaban el mismo vestido, sencillo pero elegante ; el Rey lo había hecho dibujar por su pintor de cámara, y, aparte los distintivos introducidos por el mismo Fernando a favor de las buenas obreras, nadie podía cambiar ninguna prenda ni hacer la menor alteración en la vestimenta.

Además, estaba abolido el servicio militar.

Conforme se ve, para llegar a un resultado tan feliz, el rey Fernando tuvo que reunir la sabiduría del rey Salomón a la ciencia sociológica de Idomeo.

Pues bien, no sabiendo qué hacer del cardenal Ruffo, el real fundador de la colonia de San Leucio le puso al frente de aquel establecimiento.

Quizás no era la plaza apropiada a un cardenal ; pero, según se dice, los hombres de inteligencia privilegiada nunca están fuera de lugar dondequiera que estén, y el cardenal Ruffo era uno de esos hombres.

En cuanto a la Reina, cuyo talento no era inferior al de Ruffo, veía con gran satisfacción el creciente desarrollo y prosperidad de la colonia. Si el Rey había estudiado a Salomón y a Idomeo ella, en cambio, conocía a madame de Pompadour, y mientras Fernando se divertía, Carolina reinaba.

Es cierto que no era cosa agradable reinar en el año de gracia de 1793.

Vamos a comprenderlo claramente volviendo a los asuntos de Estado.

## LIX

He dicho que el mismo día en que se supo en Londres la ejecución de Luis XVI, el gobierno inglés había dado los pasaportes al embajador de Francia.

Era un insulto que, en su orgullo, la nación francesa no podía tolerar. Así como había declarado la guerra a Austria, así también, nueve días después de haber sido expulsado su embajador, declaró la guerra a Inglaterra y a Holanda.

La Gran Bretaña no esperaba otra cosa. En tal ocasión oí a sir Guillermo y a la Reina enumerar las fuerzas de ambas potencias, y constatar con satisfacción la superioridad de los elementos materiales de Inglaterra sobre los de Francia.

La última se encontraba sin dinero, sin armas, casi sin ejército ; todas sus fuerzas navales consistían en setenta buques de línea y noventa y seis fragatas o corbetas.

Inglaterra estaba económicamente en un estado tan próspero, que Mr. Pitt decía que si hubiese bastante dinero para pagar la Deuda, antes de pagarla, arrojaría todo este dinero al Támesis.

Con respeto a sus fuerzas marítimas, eran de ciento cincuenta y ocho navíos de línea, veintidós de cincuenta cañones, veinticinco fragatas y ciento ocho embarcaciones más pequeñas. Es decir, que poseía aproximadamente cuatro veces el número de barcos que Francia podía oponerle.

Añádase a los enumerados los cien buques de guerra de la flota holandesa, y se verá que las dos potencias aliadas podían presentar quinientas tres unidades contra ciento sesenta y dos.

Este cálculo, hecho y vuelto a repe-